



EL HOMBRE
QUE ESCUPIA DEMASIADO

Alberto Martín-Aragón

EL HOMBRE
QUE ESCUPIA DEMASIADO



Primera edición: octubre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 978-84-19439-56-7

ISBN digital: 978-84-19439-57-4

Depósito legal: M-25484-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Julia

*La vida no deja de ser cómica porque un hombre muera
ni deja de ser trágica porque un hombre ría.*

GEORGE BERNARD SHAW

1

MIENTRAS se miraba con escepticismo en el apocado espejo de su dormitorio, Bruno Cacharro intentaba aplastar con palmadas suaves los pelos más indómitos de su cabeza cuadrada. Una cabeza de sesenta y siete años de edad que estaba coronada por una en-sortijada mata de cabello plateado. Una tosca radio que descansaba sobre la mesilla difundía un fragoso rumor de voces masculinas. Aquellas voces debatían y divagaban de modo mostrenco sobre el vampirismo en la España rural. Uno de los tertulianos aseguraba haber sido mordido y sodomizado por un espectro vestido de monja en los Montes de Toledo. Su testimonio fue puesto en duda por otro tertuliano y la vehemencia del coloquio se intensificó notablemente. El moderador perdió los nervios y calificó de imbéciles a todos sus invitados.

Bruno sonrió como un faraón con migraña, apagó la radio, se asomó por la ventana y vio edificios intimidados por un sol taciturno y vio pajarillos optimistas y lentos dialogando en torno a una farola de ademán expresionista y vio un pequeño dron estrellándose contra la cara coloradota de un albañil rechoncho y silbador que vagaba sin arnés sobre un andamio color mostaza, a cien metros del suelo. El albañil perdió el equilibrio y cayó al vacío mientras el dron salpicado de sangre proseguía su errático viaje por las alturas.

Bruno oyó lamentos y gritos elevándose sobre el resto de ruidos callejeros, se persignó con rapidez, salió al pasillo y pidió a Jorge doscientos euros con la voz huidiza y tenue de un alpinista desmoralizado. Jorge suspiró con languidez meliflua, hurgó en su

cartera y le entregó trescientos. Tras rascarse la nariz, prominente, pagana, Bruno le dio un beso en la mejilla izquierda mientras se guardaba el dinero en un bolsillo de la bata gruesa de franela en la que solía estar enfundado hasta que se vestía para salir a la calle.

Jorge tenía treinta y ocho años y, aunque era consumidor frecuente de cerveza y de vino tinto, había algo en su aspecto que podía recordar a un contrabajista abstemio y maniático. Era alto, flaco y de facciones afiladas e inquisitivas. Remataba su cabeza ovalada un pelo lacio color castaño claro partido en dos por una raya en medio. Jorge era hijo de Bruno. Su único hijo.

—Intenta no pedirme más dinero hasta el próximo mes porque ando un poco justo.

—Descuida, chaval. Esta es la última vez que tienes que prestar pasta al pesado de tu padre. Me voy a buscar un curro.

Jorge le estudió con afectuoso escepticismo y comentó:

—No tienes que buscarte nada. Intenta que te dure el dinero un poco más.

—A sus órdenes, jefe.

Una sonrisa levemente cínica iluminó el rostro de Jorge. Jorge impartía clases de Pensamiento Político en la Facultad de Periodismo de la Universidad Complutense. Allí había obtenido una plaza de profesor asociado dos años atrás gracias a las maniobras de una vieja catedrática que se había enamorado de él y que falleció un mes después de que su protegido se hiciera con el puesto.

—¿Qué tal las clases? —le preguntó Bruno.

—Me parece que no soy el peor profesor del mundo, pero tengo la impresión de que no tengo muchos admiradores.

—Quizá eres demasiado exigente.

—No lo creo. Ya no pongo exámenes. Solo pido que se me entregue un trabajo a final de curso.

—Ahora vas de enrollado.

—No. Solo intento ahorrarme problemas.

—Cualquiera diría que tienes miedo de unos veinteañeros.

—Todo es posible. Tú no puedes hacerte una idea de lo mucho que hay que medir las palabras cuando te diriges a más de cien personas convencidas de poder salvar el mundo. En cuanto les ofreces un poco de realismo, te acusan de ser un ideólogo al servicio de la opresión —contestó Jorge con hastío.

—Si la juventud no pensase que puede salvarse el mundo, estaríamos peor de lo que estamos.

—Eso dicen.

—¿Te has olvidado de cómo eras tú cuando tenías veinte años?

—¿Cómo olvidar aquellos años de mierda? Pero te aseguro que yo no deseaba salvar el mundo. Solo intentaba salvarme a mí mismo.

—Pues no lo hiciste mal.

—No lo sé.

—¡Anímate, hombre! Parece que vas a un entierro.

Jorge esbozó una sonrisa despectiva y repuso:

—Te veo muy optimista. ¿Te ha comido el nabo un arcángel?

—Creo que un poco de optimismo no nos vendrá mal. Pero solo un poco.

—El optimismo es una esperanza de juguete que no sirve para quien tiene que atravesar el infierno.

—¿Dónde has leído eso?

—En ninguna parte. Son palabras tuyas —dijo Jorge.

—¿Mías? No las recuerdo. ¿Cuándo dije semejante chorrada?

—No hace mucho. Estabas borracho.

—¿Borracho? Hace mucho que no me emborracho —declaró Bruno con expresión huraña.

—Creo que tenemos nociones muy diferentes de lo que es emborracharse.

—Puede ser, pero estoy seguro de que nunca he dicho eso sobre el optimismo.

—Olvidalo.

Bruno entornó los ojos y comentó:

—El optimismo me produce arcadas, pero es un disfraz necesario para quien quiere prosperar en la vida. Si yo me

lo hubiese puesto más, quizá habrías tenido un padre menos ridículo.

—Casi nunca te he considerado un hombre ridículo —precisó Jorge.

—Y tú casi siempre eres un santo, chaval.

—Quieres decir que casi siempre soy un pringado.

—Siempre tan mal pensado —Bruno le pellizcó un carrillo.

Jorge abandonó el piso tras besar a Lucía Banderín en la frente. Arrellanada en el sofá color hueso de la sala de estar y embutida en un escotado camisón de seda color lila, Lucía se dedicaba a contestar mensajes de texto en su teléfono móvil. Era modelo, a ratos, y aspiraba a ser actriz de cine, pero en aquellos días no trabajaba. Aseguraba que necesitaba recuperar la autoestima y que para ello precisaba de aislamiento y reposo. No estaba claro si ya había recuperado parte de la autoestima extraviada. Lo que no admitía discusión, según Bruno, es que Lucía, después de mes y medio instalada allí, se comportaba como si fuera la dueña de aquel piso.

Lucía era la novia de Jorge.

2

DE pie, el tronco teatralmente erguido, el semblante moderadamente risueño, Bruno estaba bebiéndose una taza de café muy caliente junto a una ventana de la sala de estar que tenía vistas a un parque bullente de perros jóvenes y de árboles de gazmoño susurro. Bruno continuaba siendo un hombre fuerte y robusto, de una complexión algo plebeya e intimidante. Los años solo parecían haberle robado algunos centímetros de estatura y añadido algunos centímetros de abdomen. Padecía de hipertensión y pasaba largas temporadas sin probar nada salado, pero había días en que hacía excepciones y esos días bebía y comía de todo como si hubiera estado una semana perdido en un monte.

Lucía seguía retrepada en el sofá manipulando contumazmente su teléfono móvil. Eran las once de la mañana y el otoño se iba haciendo más invernal y más atlántico. Los ojos de Bruno estaban posados en el canalillo de Lucía y Lucía lo sabía. Y también sabía que su cuerpo exuberante y esbelto era una de las razones por las que aquel hombre le reía las insolencias.

—¿Por qué mientes a Jorge? Tú no vas a buscarte ningún trabajo. Dentro de una semana seguirás aquí cascándotela mientras me miras las tetas —le reprochó Lucía.

Bruno sacudió sus anchos hombros tras emitir una risotada y repuso:

—Eres una mujer con mucha personalidad, pero dices bastantes gilipolleces. Lo que demuestra que alguien puede ser gilipollas y tener mucha personalidad.

—¿Por qué no te vas a vivir a otra parte y nos dejas tranquilos?

—Esta es mi casa.

—Si yo fuera un viejo como tú, sin apenas liquidez y con esa cara de pajillero madrileño, no me lo pensaría dos veces. Me tiraría a la vía del tren.

—Es lo que pienso hacer, querida, pero antes de largarme de este mundo quiero que te tomes la molestia de masajearme el escroto y las zonas adyacentes. Creo que debes hacerlo muy bien.

—Un día le contaré a Jorge que su padre es un refinado acosador —comentó Lucía, en cuya cara ondeaba la sombra de una sonrisa irónica y retadora.

—Mi hijo no es precisamente tonto y sabe que su padre no ha perdido su afición a ser acariciado por una habilidosa dama.

Lucía le miró entre desafiante y altiva.

—No me gustas, viejo. Y no porque seas viejo, sino porque no hueles a hombre, sino a oso mojado en cerveza belga.

—Eres algo rebuscada en tus símiles. En cualquier caso, ¿no te excita mi olor a oso mojado en cerveza belga?

—¿Has hecho algo útil por la sociedad?

—Sí, una vez salvé a un perro de morir ahogado durante unas inundaciones que hubo en Alicante. Tenía cuarenta años y salió mi nombre en los papeles.

—¿Saliste en los periódicos?

—Sí. Y mucha gente dijo que yo merecía recibir una condecoración o alguna soplapollez por el estilo. Pero al final no hubo condecoración ni hostias en vinagre. Quizá porque el perro al que rescaté murió una semana después de una neumonía.

—¿Hay algo más de lo que te sientas orgulloso?

—Hace muchos años el crítico de arte de un importante rotativo elogió mis cuadros.

—Siempre dices que de joven fuiste artista, pero no te creo.

—Te aseguro que fui considerado una promesa de la nueva abstracción, o de algo parecido.

—No tienes aspecto de haber pintado ninguna chorrada abstracta, sino de haber sido un camarero golfo y bocazas, de esos que se pelean con los novios de sus clientas por sobrepasarse verbalmente con ellas.

—Algo de razón no te falta. He trabajado muchos años de camarero para dar a Jorge una educación y para pagar este puto piso. Y es posible que vuelva a hacerlo porque mi pensión es una mierda y me gustaría visitar Japón antes de palmar.

—¿Y qué le pasó a la promesa de la nueva abstracción para que tuviera que ganarse la vida sirviendo cañas?

—Prefiero no contártelo.

—¿Por qué?

—No me tomarías en serio.

—Prometo tomarte en serio.

Bruno se pasó la lengua por el labio superior y explicó:

—Mi mujer murió de cáncer y la cosa me afectó bastante. Destruí todos mis cuadros, o casi todos. Estuve dos meses tumbado en un sofá mientras Jorge, que tenía por entonces ocho años, me preguntaba por qué Dios era tan hijo de puta. Por si faltaba alguna contrariedad más, un alemán afincado en Marbella se presentó un día ante mí y me confesó que había sido amante de mi mujer antes de que ella se pusiera enferma. Luego se puso a llorar y me rogó que le regalara unas bragas de la muerta. Le eché a patadas de casa y él me denunció a la policía por agresión. Todo fueron problemas. Te aseguro que ni el puto diablo me echó una mano por aquellos tiempos.

—Todo eso suena muy triste y deprimente. Pero no tienes pinta de haber sufrido demasiado. Da la impresión, por el contrario, de que has hecho sufrir a muchas pánfilas.

—Tú tampoco tienes pinta de tener un gran talento fuera de una cama. Sin embargo, no hay que descartar que algún día seas una empalagosa estrella de cine. La vida nos enseña que no debemos subestimar a nadie. En particular a los tontos, que suelen ser los elegidos de los dioses.

—Crees que solo soy un chocho sin cerebro, ¿verdad?

—Te equivocas. Creo que tienes demasiado cerebro. Pero un cerebro grande puede ser un problema si no se usa con regularidad.

—Uso mi cerebro constantemente, pero en cosas que tú no entiendes ni entenderás.

—Por ejemplo, en colgar vídeos en *Instagram* en los que apareces meneando tu maravilloso culo.

Una sonrisa despectiva y sarcástica relativizó el resplandor de furia que se insinuaba en la mirada de Lucía.

—Eso se llama promoción, idiota —dijo—. Y si fueras mujer y no tuvieras un mal cuerpo, estoy seguro de que no serías muy diferente a mí. Soy una persona práctica y realista. Tengo derecho a empoderarme usando para ello mis mejores herramientas. ¿Crees que tendría los admiradores que tengo en las redes sociales si me pusiera a compartir citas de Stendhal?

—Es curioso. Stendhal es mi autor favorito.

—También es el mío. Pero no creas que por esa razón voy a ser tu amiga.

—¿Quién dice que quiero que seas mi amiga? Una persona que usa la palabra empoderamiento me produce jaqueca.

Lucía hizo un gesto despectivo con la mano y exigió a Bruno que no siguiera molestándola.

—Lo que usted mande, excelencia.

—Que te den —le espetó la modelo.

Bruno rio, terminó su café y se dirigió al cuarto de baño. Salió de él veinte minutos después duchado y perfumado y vestido con una blusa y un pantalón vaquero. Lucía se hallaba enfrascada en su tarea de promocionarse en las redes sociales. Bruno se disponía a abandonar el piso.

—¿Dónde vas? —preguntó la mujer.

El hombre respondió con seriedad fingida:

—He quedado con una amiguita.

—¿Qué tipo de amiguita?

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Es cara?

—Me deja que le haga cosquillas en sus partes más íntimas por doscientos euros la hora mientras escuchamos a Béla Bartók.

—¿Piensas gastarte en una puta el dinero que te ha dado Jorge?
¿Por qué eres tan miserable?

Bruno se daba golpecitos en la nariz. Dijo:

—Reconozco que no soy el mejor padre del mundo, pero tampoco quiero volverme loco.

—¿No te sientes culpable?

—Jorge ha vivido muchos años de mi dinero. No pasa nada que yo viva ahora un poco del suyo. Además él heredará este piso cuando yo muera.

—Eres un tío bastante garbancero.

—Por eso te pongo cachonda —concluyó Bruno, y regaló un aplauso burlón a la modelo.

—Tú alucinas, viejo.

—Es posible.

Lucía se puso de pie, se acercó al hombre y le propinó una bofetada en la mejilla derecha. Después le sobó el escroto con vehemencia. Su expresión era cruel y grotesca y circense.

—Dame los trescientos euros y yo te dejaré relajado para unos días —le propuso la modelo con ojos viejos y desquiciados.

—Creo que voy a sufrir un infarto.

—Deberías cuidar tu tensión.

—Y lo hago, pero me sube cuando te miro.

—Eres un pervertido.

—Los pervertidos han evitado la extinción de la raza humana.

Bruno le tocó una teta. La mujer le volvió a abofetear. Bruno sonrió como un campeón de ajedrez y le entregó el dinero. Lucía se lo guardó en las bragas. Poco después un educado rayo de sol se coló por una de las ventanas e iluminó un jarrón vidriado que reflejaba la oscilación de dos cuerpos desnudos retorciéndose torpe y simiescamente sobre el sofá. Un helicóptero sobrevolaba aquel

edificio y el cadáver de una paloma caído de lo alto chocó contra la barandilla de la terraza y aquel sonido no fue muy diferente del que se produce cuando una tarta impacta contra el rostro de un mandatario desacreditado y discutido.

3

BRUNO caminaba por una calle de olores tranquilos y domésticos. Un perro joven le observaba con los ojos heráldicos de un arcángel románico tallado en marfil. Árboles raquíticos se oían respirar bajo nubes oscuras, nihilistas. El sol era tan débil aquel día que parecía una imitación de sí mismo. Bruno se cruzó en el camino de bastantes seres humanos circunspectos y tuvo la impresión de que ninguna de esas personas se atrevería a desobedecer a la autoridad.

Una señora oronda y agria le preguntó qué deseaba beber. Bruno había entrado en una cafetería de paredes color gazpacho. Alguien estaba usando una escoba antigua con escasa destreza y aplicación. Y alguien se estaba quejando del desapacible ruido que la escoba estaba arrancando del suelo. Y quien usaba la escoba aseguraba que no se le pagaba para barrer.

La señora oronda y agria, que parecía ser la dueña, sirvió a Bruno una cerveza como si le estuviera tirando una caja llena de condones usados. Bruno le preguntó si necesitaban un camarero. Ella no le respondió y le escudriñó con un indolente desprecio teñido de frustración sentimental. Bruno le preguntó si había oído su pregunta y ella le dijo que estaba cansada de oír preguntas para las que no tenía una respuesta clara.

Bruno se bebió la cerveza, pagó. Dos platos se rompieron y se oyeron insultos procedentes de la cocina. La calle era un museo de gente apática. Dos perros se ladraron y un gato gordo cayó desde un quinto piso por razones desconocidas. Un autobús de la EMT

se detuvo frente a Bruno y Bruno vio cómo de él descendía un tipo de su misma edad. Era Luis Cerdeña.

Se dieron la mano y se miraron con desafiante cortesía.

—¿Qué te cuentas, Bruno?

—Tomo el aire.

—Vives mejor que un ministro de Cultura.

—Sabes que no.

Luis era funcionario del ayuntamiento, si bien se esforzaba por no parecerlo. De ahí que fuera vestido como si fuera miembro relevante de una organización antisistema.

—Estás pálido. ¿Te encuentras bien? —le preguntó el funcionario con una voz disciplinada y abstracta.

—Soy un mal padre.

—No digas idioteces. Te has dejado los huevos por tu chico.

—Tampoco hay que exagerar. He hecho lo que he podido.

—Más de lo que has podido. He sido testigo de ello.

—¿Conoces a la actual novia de Luis?

—Sí, una mujer espectacular. Lo que no recuerdo es cómo se llama.

—Lucía.

—Me pone cachondo ese nombre.

—A ti te ponen cachondo todos los nombres de mujer.

—Como a ti. Somos exponentes de una heterosexualidad voraz e infatigable que se considera delictiva en no pocos ámbitos.

En tanto miraba a un gorrión manchado de leche que exploraba un rinoceronte de juguete decapitado, Bruno declaró:

—Pues esta mañana le he comido el coño a esa Lucía.

Luis estalló en una risotada gangosa. Era un hombre bajo y rechoncho que parecía más bajo y rechoncho al reír. Cuando se calmó, dijo:

—Amigo, te pasa como a mí: sufrimos alucinaciones. Nos hemos hecho viejos.

—No estoy de coña. Mi boca todavía huele a pis femenino.

—¿Pis?

—Eso vino después.

—Joder. Y pensar que me moriré sin que una tía buena me mee encima.

—Es asqueroso que una mujer te mee encima, pero te ganas su respeto y su admiración

Luis frunció el ceño sin perder su sonrisa de gordinflón meditando y comentó:

—Pues si no estás de coña, tienes que invitarme a unos vinos. No todos los días suceden milagros.

—Espero que Jorge no se entere de ese *milagro*. Además me ha costado trescientos euros.

—No pienses tanto en tu hijo, joder. Piensa también en ti. En tus necesidades. En tu confort. Es justo. No es culpa tuya que su novia sea un putón de leyenda.

—No entiendo qué ha visto Jorge en esa señorita y qué ha visto esa señorita en Jorge.

—Ese no es tu problema. Como no sería problema de Jorge que tú te enamoras de un hipopótamo o de un avestruz.

Bruno suspiró con vehemencia otomana y Luis le sonrió como si tuviera delante a un cómico en declive.

—No sé por qué te cuento esto. Debo de estar gilipollas —comentó Bruno con voz desabrida mientras se rascaba un codo.

—Quizá porque confías en mí.

—No confío en nadie.

—Haces muy bien.

—Ni bien ni mal.

BRUNO y Luis pidieron sendas copas de vino tinto. Se habían metido en un bar con aspecto de antiguo quirófano decorado por un amante del montañismo y de la zarzuela. Por ese orden. No estaba demasiado lleno y los camareros tenían cara de haberse pasado la noche viendo películas de terror. Luis pidió unos calamares a la andaluza a la par que se introducía un dedo en el oído derecho y trataba de aliviar algún picor o de extraer alguna impureza.

—¿Cómo te va? —le preguntó Bruno con chulesca apatía.

Luis le dedicó una mirada apesadumbrada de mosquetero tuberculoso.

—No sé por dónde empezar mi historia —musitó, y tamborileó con las yemas de los dedos sobre el tallo de su copa.

—No tienes que empezar ninguna historia si no quieres. Supongo que me dirás que tu vida es una mierda. Y me lo dirás mientras esbozas una sonrisa de socialdemócrata cursi.

—Exacto. Mis hijos no me hablan y mi mujer tiene alzhéimer.

—Eso ya lo sabía.

—Sé que lo sabes. Pero no sé si sabes que ya no puedo más.

—Lo imagino.

—Hay noches en que me entran deseos de suicidarme.

—Lógico.

—¿Sabes por qué no lo hago, querido Bruno?

—¿Por qué?

—Porque antes debo terminar mi libro.

—No sabía que estuvieras escribiendo un libro.

—No podías saberlo porque jamás te lo he dicho.

—Quiero leer ese libro.

—Lo leerás cuando ya no esté en este mundo. Pero no sé si te gustará. Tú apareces en él y quizá algunas opiniones que vierto sobre tu persona no te agradarán demasiado.

—¿Son una memorias?

—No. Es una colección de vidas fracasadas —aclaró Cerdeña dándose aires de novelista mediático—. El libro lo componen treinta biografías breves de personas que pudieron ser celebridades y que al final solo fueron tipos anónimos y oscuros y, en algunos casos, harto resentidos. Lo más extraordinario es que todas esas personas fueron amigas mías en algún momento de su existencia.

—Eres muy amable por considerar que mi vida merece un espacio en tu libro de machos fracasados.

—No es amabilidad, querido Bruno. Es simple respeto por los hechos. No quiero ser cursi. Pero soy un campeón de la veracidad.

—¿Y crees que tu libro es tan importante como para que pongas tu sabia decisión de quitarte la vida?

—Quiero pensar que sí. Además me consuela mucho escribirlo porque me recuerda que ha habido hombres más desgraciados que yo.

—¿Crees que yo he sido más desgraciado que tú?

—No voy a responderte a eso. Sería descortés por mi parte. Prefiero que lo descubras cuando leas el libro.

—Muchas gracias por tu cortesía, capullo —masculló Bruno sonriendo.

—No te enfades, Bruno. Yo siento un enorme respeto por ti. Pudiste ser célebre y pasar a la historia como pintor, pero se cruzó en tu camino una misteriosa fatalidad.

—No hay fatalidad que no sea misteriosa.

—Cierto, pero no me has dejado acabar.

—Acaba.

—Cuando yo daba ya por hecho que tendría que ser amigo de un pintor importante, te hundiste en una depresión enigmática y

dejaste de ensuciar lienzos. No veas qué alivio sentí. Me dije: «Ya no tengo motivos para tener envidia de mi amigo Bruno». Y también me dije: «Ahora solo puedo admirar a este hombre por haber elegido el fracaso y por tener el coraje de seguir usando sus piernas para moverse por un mundo que no le dará más oportunidades para destacar».

—Y seguiré usando mis piernas durante muchos años, cabrón. Solo por refutar la tesis de tu libro.

—Querido Bruno, no te pongas violento. Yo siempre he sido educado contigo. Mi sinceridad solo es una prueba del enorme respeto que te guardo.

—No me pongo violento. Solo hago uso de mi libertad de expresión.

—Los aficionados al insulto y a la violencia casi siempre se parapetan tras el dichoso derecho a la libertad de expresión.

Una camarera les sirvió el plato de calamares. Luis se comió tres de ellos en menos de un minuto. Eructó, bebió vino, dijo a Bruno:

—Cómete un par y verás cómo te sientes mejor.

—No quiero sentirme mejor. Quiero odiarte un poco y para eso necesito sentirme mal. Además debo cuidar mi tensión y esos calamares tienen sal suficiente para provocarme un serio problema.

—No te reconozco. ¿Qué te pasa, hombre? Tú siempre has sido una persona agradable. ¿Es que no puedes encajar con deportividad mis juicios acerca de tu persona?

Un minúsculo tornillo plateado cayó del techo del bar e impactó contra uno de los calamares. Bruno entrecerró los ojos y se tocó una sien con expresión aturdida.

—¿Estás bien? —le preguntó Luis.

—Tengo ganas de vomitar encima de ti.

—No seas exagerado.

Bruno dejó dos euros sobre la mesa, se levantó bruscamente y abandonó el local. Luis Cerdeña cogió otro calamar y se lo metió tranquilamente en la boca mientras un segundo tornillo caía sobre uno de sus muslos. El funcionario soltó un grito de dolor y luego

una risilla de aires episcopales que promovió bastantes miradas de repulsión entre algunos clientes.

UN andamio se desplomó con metálico estruendo sobre dos entecos y taciturnos adolescentes que estaban debatiendo con entusiasmo sobre las hipotéticas conexiones entre el satanismo y el nacionalismo. Corrieron varias personas hacia el lugar del derrumbe para ver qué había quedado de los chicos. Una gran nube de polvo amarillento se alzaba en el aire y de la nube emergían aullidos y blasfemias. Bruno se santiguó mientras se alejaba de allí.

—¿Ahora te has hecho creyente? —Era la voz de Luis Cerdeña.

—No. Es solo un gesto de buena educación —respondió Bruno mientras se daba la vuelta—. ¿Ya te has cansado de comer calamares?

—Es que me gusta tu compañía.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? ¿Follarte a la novia de tu hijo?

—Adiós.

Bruno reanudó la marcha y Luis le siguió un par de metros hasta situarse a su altura.

—Me estás ofendiendo, Bruno. ¿Por qué me rehúyes de una manera tan descarada? Creo que merezco más respeto.

—Yo también lo creo, pero hoy no puedo ayudarte.

—No quiero que hagas nada por mí. Solo quiero que no arruines más tu reputación. Quiero ayudarte a que seas un hombre de provecho antes de que sea demasiado tarde. Aún estás a tiempo de que escriba sobre ti cosas positivas.

Bruno se detuvo repentinamente, se encaró con Luis, le dijo:

—Perdona si he sido grosero contigo. Pero mi mente está algo confusa y atribulada y necesito estar solo.

—¿Por qué eres de repente tan amable? No me fío. Esto es un truco. Ocultas algo.

—No oculto nada, soplapollas —gruñó Bruno agarrándole por las solapas de la americana y zarandeándolo—. Solo quiero que me dejes en paz. ¿Te enteras? Y me importa una mierda lo que escribas sobre mí en tu librito, gilipollas.

—¡Calma, calma! Por favor, Bruno, no me hagas daño. Ya no estamos para peleas. Somos dos vejstorios y no nos merecemos acabar así.

Bruno le soltó.

Luis se encogió de hombros y esbozó una mueca de resignación.

—Anda. Hagamos las paces —propuso el funcionario tendiéndole una mano.

Bruno accedió a regañadientes. Entonces Luis le asestó por sorpresa un fuerte puñetazo en la panza. Bruno trastabilló hacia atrás con las manos pegadas al vientre y chocó de espaldas contra un muro de ladrillo. Luis le dijo con retintín:

—Me has obligado a ejercer la violencia, amigo. Voy a perdonarte por esta vez, pero quiero que sepas que nunca esperé de ti tantas muestras de odio. A veces eres un ser muy tóxico porque sacas lo peor de los demás.

Bruno se irguió. Parecía que ya respiraba con normalidad. Pero su expresión era de fatiga y abatimiento. Hizo un esfuerzo por sonreír y su sonrisa desprendió una radiante mezcla de asco y de cinismo.

—Nunca pensé que una relamida bola de grasa como tú pudiera golpear con tanta fuerza y precisión —aseveró.

—Me parece que necesitas más lecciones, amigo Bruno. Bueno, tengo cosas que hacer. Procura aprovechar lo que te queda de día.

Luis se marchó y Bruno se quedó meditativo y taciturno en la acera contemplando la soledad de una paloma sobre la que flotaba

la soledad de una mosca. La voz de una guitarra desafinada delató la presencia de un músico ambulante que se disponía a comenzar su actuación. Cerca de allí se oyó un fuerte frenazo y luego un golpe seco y conciso. Un coche de alta gama había atropellado a un ciclista y la gente corría de un lado para otro. Había quienes sostenían que el ciclista tenía rota la tráquea y había quienes exigían silencio a quienes no parecían capaces de ofrecer un poco de esperanza. El conductor, un baloncestista retirado, estaba dándose de puñetazos con unos tipos que le estaban llamando asesino. El atropellado estaba vomitando una sangre que era más negra que roja, una sangre que atraía la atención de unas ancianas que acababan de comprar un pollo asado en una tienda que vendía platos recién hechos. Varias personas se hacían *selfis* junto al atropellado mientras un dron flotaba sobre la zona del accidente.

Bruno se sintió mareado, entró en un bar y pidió un vino tinto.

